

Cándido o El optimismo de Voltaire, en la traducción
de Leandro Fernández de Moratín (ca. 1813)

Pedro Pardo Jiménez

En la actualidad, *Candide ou l'optimisme* es, con diferencia, la obra de ficción más conocida y valorada de Voltaire, y como tal aparece incluida regularmente en los diferentes repertorios del canon occidental y en la mayoría de las antologías de la literatura universal. No siempre fue así: de hecho, y por extraño que pueda parecer, la entrada de *Candide* en el Olimpo de las obras maestras es, como recuerda René Pomeau, más bien reciente (Pomeau 1980: 76 y ss.). En 1759, la primera edición francesa sufrió un trato bastante desfavorable por parte de la crítica: los conservadores condenaron con todo rigor lo que consideraban un ataque contra la religión y las buenas costumbres, mientras que los filósofos progresistas acogieron el texto con indiferencia por no apreciar en él cualidades literarias verdaderamente importantes. Unos como otros coincidían, en todo caso, en que esta nueva obrilla, con ser divertida y desenvuelta, no estaba a la altura de tragedias de tema histórico como *Brutus* o *Zaïre*, hoy olvidadas, pero que por entonces constituían la base principal del reconocimiento literario de Voltaire. Este mismo diagnóstico habría de mantenerse a lo largo de muchos años, de manera que *Candide*, aun habiendo gozado siempre del favor del público, no alcanzó realmente el rango de un clásico hasta bien entrado el siglo XX, y sólo a partir de 1968 –y la fecha no es casual– sería admitido en el selecto grupo de los textos dirigidos al público escolar.

La difusión de Voltaire en España responde a una lógica similar.¹ Si la mayor parte de su obra dramática fue traducida paulatinamente a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII, las versiones de los cuentos filosóficos del autor no aparecen, con la única excepción de *Micromégas*, hasta principios del XIX. Más específicamente, la primera traducción de *Candide* que se publica en español se debe a José Marchena, en 1819, y se incluye en un volumen titulado *Novelas* que contiene igualmente otros cuentos de Voltaire.² No se trata necesariamente, sin embargo, de la primera en orden de redacción, pues existe la posibilidad de que la versión que aquí nos ocupa, esto es la

¹ Para la difusión de Voltaire en España y las dataciones de las traducciones de *Candide*, ver Lafarga (1982).

² Ver la bibliografía al final de este artículo.

de Leandro Fernández de Moratín, fuera anterior cronológicamente, aunque no se publicara hasta 1838.³ Como señala Francisco Lafarga en su *Voltaire en España*:

Se desconoce la fecha de redacción de la novela [...]. Una nota manuscrita en la portadilla del ejemplar de *Cándido* (Cádiz, 1838) que posee la Biblioteca Nacional podría darnos una pista: «Variantes que con la copia del original que Moratín hizo en Valencia el año 1814 y posee en la actualidad, ha encontrado respecto de este impreso Pascual As... [ilegible]». Esta fecha coincidiría con la época en que Moratín vivió en Valencia y no es improbable que ya en esa época entregara el manuscrito de su traducción al editor Cabrerizo. (Lafarga 1982: 194)

Más tarde, René Andioc (1990) ha insistido en la misma tesis para acabar datando la traducción de *Candide* en 1813, año en el que Moratín había traducido *Les deux consolés*, de Voltaire igualmente.

En cualquier caso, no creemos que la cuestión de la cronología sea decisiva en el estudio comparado de ambas versiones, al menos en lo que se refiere a la posible influencia de una sobre la otra, dado que no existen coincidencias significativas entre ellas, más bien al contrario. Marchena y Moratín poseen una concepción radicalmente diferente del arte de la traducción y, más concretamente, del sentido de la fidelidad: mientras que el sevillano intenta mantenerse cerca del texto original, el autor de *El sí de las niñas* gusta de aventurarse por sendas más lejanas: no en vano sus anteriores versiones de Molière –*La escuela de los maridos* y *El médico a palos*–, más que simple traducciones, constituyen adaptaciones en toda regla (ver Cañas Murillo 1999).

Con Voltaire don Leandro se muestra más comedido, de manera que su versión de *Candide* se mantiene dentro de las fronteras de lo que podemos considerar una traducción... eso sí, adaptada al gusto del lector español. Y es que, como ha mostrado en un excelente artículo Jordi Ardanuy (1998), Moratín era plenamente consciente de las dificultades ideológicas y literarias a las que se enfrentaba: por una parte, el debate del optimismo filosófico representado por Leibniz, que Voltaire parodia en su relato, no tenía en el ámbito hispánico un alcance real; por otra, el texto original se inscribe en un género, el cuento filosófico, en el que la dimensión didáctica es prioritaria con respecto al dinamismo narrativo. Con objeto de subsanar los eventuales obstáculos que ambas circunstancias pueden acarrear, Moratín opta por aplicar estrategias de traducción específicas entre las que se cuentan el recurso a la expresividad castiza propia del lenguaje coloquial: *Il aimait les femmes à la fureur* (Voltaire 1980: 165) → A estas gracias añadía el ser muy aficionado a las carilindas (Voltaire 2008: 679). También a la amplificación, instrumento que a su vez permite intensificar el realismo descriptivo: *Cunégonde et la vieille [...] étendaient des serviettes sur des ficelles pour les faire sécher* (Voltaire 1980: 252) → Cunegunda y la vieja, ocupadas en extender al sol sobre unos juncos dos o tres docenas de servilletas, camisas, calzoncillos y paños de cocina que a la cuenta acababan de lavar (Voltaire 2008: 730). En otras ocasiones, refuerza los

³ Y en dos ciudades simultáneamente, Cádiz y Valencia.

aspectos más novelescos de la intriga, tanto en lo que se refiere a la lógica de la acción como a la expresión de la psicología de los personajes:

On proposa de sa part à don Issacar de me céder à monseigneur. Don Issacar, qui est le banquier de la cour, et homme de crédit, n'en voulut rien faire. L'inquisiteur le menaça d'un auto-da-fé (Voltaire 1980: 145) → De allí a muy pocos días le propusieron a Isacar que me cediese a su excelencia el señor inquisidor, pero como el israelita era hombre de mucho crédito y el banquero de quien la corte se valía en todas sus urgencias, tenía suficiente orgullo para despreciar tales proposiciones y, en efecto, no hizo caso de ellas. Irritado entonces el inquisidor, le amenazó diciéndole que le haría acusar al Santo Oficio por la religión que profesaba (cosa que todos sabían, aunque no se la echaba en cara ninguno) y que no había de parar hasta que en un auto de fe le hiciese quemar vivo. (Voltaire 2008: 669)

Asimismo, una variable de la amplificación de la que Moratín hace un uso permanente es la explicitación de aspectos que pueden pasar desapercibidos al lector:

On passa à la vue de Lisbonne, et Candide frémit (Voltaire 1980: 224) → Pasaron por la embocadura del Tajo y Cándido, al acordarse de Lisboa y de la caperuzada y los azotes y la cuerda en que murió el mejor de los filósofos posibles, se estremecía de horror y lloraba sus pasadas desventuras. (Voltaire 2008: 712)

En suma, los ejemplos citados por Ardanuy –que nosotros nos hemos limitado a reproducir para no alterar el sentido de su argumentación– avalan sobradamente la idea de que el principal propósito de Moratín fue dotar al cuento original –que por su vocación filosófica tiende al esquematismo– de un tejido propiamente novelesco que propiciara su integración en el sistema literario español. Se trata de una conclusión más que acertada, que sin embargo intentaremos matizar a continuación con objeto de ofrecer una visión más amplia de los procedimientos traductológicos empleados por Moratín, así como de su resultado final con respecto al original volteriano.

Es indudable, en efecto, que el principio elemental al que van dirigidos los esfuerzos de Moratín es el de favorecer el acceso del lector al texto, y ello no sólo en los aspectos ideológicos y estéticos, ya evocados, sino también en los puramente interpretativos. En este sentido, la casuística que nos ofrece la versión castellana es amplísima. Así, don Leandro no duda en españolizar aquellos nombres susceptibles de suscitar la más mínima sospecha o extrañeza, cosa que sucede, por ejemplo, con los apellidos del gobernador de Buenos Aires, presentado como «don Fernando d'Ibaraa, y Figueroa, y Mascarenes, y Lampourdos, y Souza» (Voltaire 1980: 164), y que Moratín, sin duda porque desconfía de esta mezcla de patronímicos vascos y portugueses, convierte en la siguiente serie, más castellana y extensa: «don Fernando de Leiva Figueroa Palomeque Álvarez Silva Benavides y Sotomayor» (Voltaire 2008: 679). Encontramos un caso similar en el banquete del que Cándido y Cacambo disfrutaban en Eldorado, en el que sirven para comer un «contour [...] qui pesait deux cents livres»

(Voltaire 1980: 185): sin duda, el animal al que Voltaire se refiere es el cóndor, pero Moratín, sea porque estima que se trata de un ave desconocida por la mayoría de los españoles, sea porque no la considera comestible, prefiere sustituirla por otra que resulte más familiar, en este caso el gavilán (Voltaire 2008: 690). Ciertamente es que, en su traducción, y sin duda tras una reflexión análoga, Marchena opta por el buitre (Voltaire 1919: 258). La voluntad didáctica del traductor aparece igualmente en ampliaciones explicativas como la que se refiere al ataque de los rusos contra los turcos:

les Russes arrivent sur des bateaux plats; il ne réchappa pas un janissaire (Voltaire 1980: 161) → les llegó a los rusos por la laguna un refuerzo considerable de gente conducida en barcos chatos. Con este aumento de fuerzas, cansados sin duda de la lentitud del sitio, embistieron al fuerte, le entraron por asalto, ni un solo jenízaro escapó. (Voltaire 2008: 678)

También las supresiones van a menudo destinadas a eliminar aquellos contenidos que pudieran plantear algún escollo interpretativo al lector español de la época: así como desaparecen del cuento las referencias al *Journal de Trévoux* (Voltaire 2008: 686) y, más tarde, a los escritores Fréron (Voltaire 2008: 705), Gauchat y Trublet (Voltaire 2008: 706), enemigos de Voltaire a los que el texto original dedicaba algunos comentarios nada elogiosos.

Dicho esto, la acción de Moratín sobre el texto volteriano no conduce siempre a un balance claramente positivo, sobre todo cuando la búsqueda de la óptima comprensión por parte del lector comporta pérdidas de otro tipo. Así, el recurso permanente a la explicitación, en virtud del cual el traductor hace patentes ciertos elementos que en Voltaire quedan sobreentendidos y que el lector infiere por sí mismo sin la menor dificultad, acaba por provocar en ocasiones una lectura fatigosa: *Ensuite il me fit panser, et m'emmena prisonnière de guerre dans son quartier* (Voltaire 1980: 144) → Hecho esto, me llevó consigo como prisionera de guerra a su cuartel, en donde dispuso que me curasen y, en efecto, de allí a muy poco tiempo me hallaba ya fuera de peligro (Voltaire 2008: 668). Al tiempo puede suponer también, aunque sólo sea puntualmente, la desaparición de valores tan decisivos en el texto volteriano como la ironía:

Il tire son épée, quoiqu'il eût les mœurs fort douces, et vous étend l'Israélite roide mort sur le carreau aux pieds de la belle Cunégonde (Voltaire 1980: 148) → Cándido [...], a pesar de su carácter pacífico y blando, viendo el peligro de la muerte tan cerca, echó mano a la de gavilanes que tenía sobre el canapé, metiósele por el pecho al israelita y dio con él a los pies de la hermosa Cunegunda. (Voltaire 2008: 670)

Por otra parte, la acentuación de la expresividad, destinada en general a fomentar la verosimilitud en las reacciones de los personajes, resulta perjudicial cuando introduce matices psicológicos diferentes a los del texto original. Así la sibilina perfidia del familiar de la Inquisición que denunciará a Pangloss y a Cándido se convierte, a

fuerza de insistencia, en simple indignación: *Monsieur ne croit donc pas à la liberté? dit le familier* (Voltaire 1980: 137) → ¿Necesidad? ¡Oiga! –dijo el de lo negro–. ¿Con que usía no cree tampoco en el libre albedrío? (Voltaire 2008: 665).

Algo parecido, aunque más grave, sucede en el capítulo XXVI, en el que Cándido y Martín cenan con los seis reyes destronados, los cuales rematan el relato de sus respectivas calamidades con una misma frase: «et je suis venu passer le carnaval à Venise». Lejos de ser gratuita o irrelevante, la coincidencia discursiva funciona en el texto como una letanía que certifica el carácter universal de la desgracia e, indirectamente, la incongruencia del optimismo como doctrina filosófica. Moratín sin embargo la interpreta no como un recurso retórico, sino como un problema de reiteración que decide resolver introduciendo diferentes variaciones –a veces inapropiadamente festivas– sobre la frase volteriana como «y este año he querido venirme a pasar el carnaval a Venecia. Con que ya ve vmd., señor mío, que no soy ningún arlequín» (Voltaire 2008: 722), o «[...] y sin saber qué hacerme, he venido a Venecia a pasar esta temporada viendo disfraces y oyendo cantar en el teatro a cuatro capones» (Voltaire 2008: 723), o «[...] he venido aquí con el mismo deseo de divertirme, ver cuatro comedias, disfrazarme, bailar y esperar el miércoles de ceniza alegremente» (Voltaire 2008: 723).

En general, las acciones de Moratín tienden a «rellenar» el texto volteriano o, dicho más técnicamente, a compensar las diferencias estilísticas que en el siglo XVIII separan a la lengua castellana de la francesa. Sin duda don Leandro cree que la frase de Voltaire, heredera del aticismo racionalista que se impuso en Francia en el siglo anterior, puede resultarle al lector español algo sobria, cuando no manifiestamente lacónica, y eso le lleva a añadir aquí y allá segmentos textuales que facilitan la comprensión o aportan cierta viveza expresiva –de hecho, y como sugieren las citas evocadas hasta aquí, el texto de llegada es bastante más extenso que el de origen. El problema es que Moratín peca por exceso, y no sólo porque en su afán de tutelar al lector altera demasiado, como hemos visto, el texto original, sino también porque a menudo genera modificaciones simplemente aleatorias, entre ellas las que afectan a los modos de traslación del discurso de los personajes:

Il lui parla beaucoup de Cunégonde ; et Candide lui dit qu'il demanderait bien pardon à cette belle de son infidélité, quand il la verrait à Venise (Voltaire 1980: 218). → y no cesaba de hablarle de la señorita Cunegunda. –¡Ah! Yo le aseguro a vmd. –dijo Cándido– que así que llegue a Venecia no tardaré un momento en echarme a sus pies y pedirle perdón de mi infidelidad. (Voltaire 2008: 709)⁴

Lo mismo ocurre con los títulos de los capítulos, por ejemplo:

Comment Candide rencontra son ancien maître de philosophie le docteur Pangloss, et ce qui en advint (Voltaire 1980: 129) → Halla Cándido a su antiguo maestro de filosofía tan filósofo como siempre. (Voltaire 2008: 660)

⁴ Ver dos casos similares en Vargas (2007: 357).

En efecto, a menudo Moratín no puede resistirse a la tentación de añadir de su cosecha, circunstancia que aparece sobre todo en una acusada propensión a la amplificación. Si bien esta tendencia tiene a veces, como hemos señalado, un propósito realista, en muchísimos casos parece responder únicamente al puro placer de inventar, lo que podemos comprobar sobre todo en las enumeraciones, que el traductor no suele dejar escapar sin incorporarles uno o varios elementos. Entre ellas, podemos citar en el capítulo XIV la de los oficios de Cacambo, que pasan de siete a once, o la de las taras de la pobre Cunegunda tras sus desventuras (capítulo XXIX), que pasan de cinco a diez. En este punto, la verdad es que Moratín no necesita demasiado, ni siquiera una enumeración previa, pues si se tercia la inventa él mismo, como sucede con la descripción de los clientes de Paquette: *être souvent réduite à emprunter une jupe pour aller se la faire lever par un homme dégoûtant* (Voltaire 1980: 228) → tener que alquilar una basquiña para que la sofalde un hombre desconocido, rústico, enfermo, puerco, repugnante a todos los sentidos (Voltaire 2008: 714-715).

En Moratín, el autor se impone a veces al traductor, y la fantasía a la fidelidad, y aunque es cierto que siempre está muy pendiente de que su lector no se pierda en el camino, también lo es que nunca llega a renunciar por completo a la creatividad. Quizás sea por eso por lo que, como recuerda F. Lafarga, su traducción «a diferencia de la de Marchena, no se reeditó durante el siglo XIX y ha tenido que esperar hasta nuestros días para ser impresa de nuevo» (Lafarga 1982: 194).⁵ Por nuestra parte, nos limitaremos a terminar con un ejemplo digno de figurar en las antologías de la traducción: en el capítulo XI, la anciana relata cómo ante su cuerpo desnudo, en otro tiempo hermoso, el caballero napolitano castrado lamentaba su merma con un repetido «*O che sciagura d'essere senza c...!*» (Voltaire 1980: 157 y 159). Si Voltaire anota sólo la inicial de la última palabra dejando el resto a la discreción del lector, Moratín prefiere completar la frase proponiendo «*O che sciagura d'essere senza quello che piu bisogna in questa occasione!*» (Voltaire 2008: 675) y, algo después –y a pesar de que en el original es la misma frase–, *Ma che sciagura d'essere senza il necessario fornimento!* (Voltaire 2008: 676).

BIBLIOGRAFÍA

- ANDIOC, René. 1990. «Un conte de Voltaire traduit par Moratín» en Annie Molinié & Carlos Serrano (eds.), *Mélanges offerts à Paul Guinard*, París, Éditions Hispaniques, II, 7-18; <www.cervantesvirtual.com>.
- ARDANUY, Jordi. 1998. «Modelos del Siglo de Oro en una traducción ilustrada: *Cándido*, de Leandro Fernández de Moratín», *Livius* 11, 31-46.
- CAÑAS MURILLO, Jesús. 1999. «Leandro Fernández de Moratín, traductor dramático» en Francisco Lafarga (ed.), *La traducción en España (1750-1830). Lengua, literatura, cultura*, Lleida, Universitat de Lleida, 463-475; <www.cervantesvirtual.com>.
- LAFARGA, Francisco. 1982. *Voltaire en España (1734-1835)*, Barcelona, Universitat de Barcelona.

⁵ A las ediciones mencionadas por Lafarga han sucedido más tarde *Cándido o el Optimismo*, Barcelona, Orbis, 1982 y *Cándido o el optimismo*, en *Los Moratines*, por la que citamos (Voltaire 2008).

- POMEAU, René. 1980. «Introduction» en Voltaire, *Candide ou l'optimisme*, Oxford, The Voltaire Foundation, 17-113.
- VARGAS, Eduardo. 2007. «Ce que Moratín fait dire et ne fait pas dire à *Candide*» en M^a Teresa Ramos & Catherine Desprès (eds.), *Percepción y realidad. Estudios francófonos*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 353-363 (cd-rom).
- VOLTAIRE. 1919. *Novelas*, trad. de José Marchena, Burdeos, Imprenta de Pedro Baume.
- VOLTAIRE. 1980. *Candide ou l'optimisme*, Oxford, The Voltaire Foundation.
- VOLTAIRE. 2008. *Cándido o el optimismo* en Nicolás & Leandro Fernández de Moratín, *Los Moratines. Obras completas*, Madrid, Cátedra, II, 655-735.